

MUJERES CONSAGRADAS EN EL CONO SUR EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX: INMIGRANTES SIN FRONTERAS

Susana Monreal
Universidad Católica del Uruguay

En la segunda mitad del siglo XIX, numerosas congregaciones religiosas femeninas, francesas e italianas, de enfermeras o de educadoras, ingresaron por diversas vías al Cono Sur. Por lo general, llegaron a una ciudad y a una obra preestablecidas; la expansión de su presencia –prevista o no– abarcó sin embargo nuevas áreas de acción y nuevas regiones geográficas.

Puesto que nos referimos a territorios en proceso de modernización y de “disciplinamiento” (Barrán, 1990) estas mujeres, con una identidad precisa –eran mujeres consagradas, integrantes de congregaciones católicas–, con una organización definida –seguían reglas y cumplían tareas para las que habían sido entrenadas–, llegaron para realizar trabajos en áreas que no estaban suficientemente cubiertas en las sociedades de recepción: la asistencia social y la educación. Desde el punto de vista religioso, eran agentes evangelizadores, propagadoras de la fe y servidoras de la sociedad. Desde la perspectiva liberal y a veces anticlerical, eran nuevas y un poco extrañas protagonistas de la vida pública.

En este estudio vamos a caracterizar a las congregaciones femeninas que emprendieron obras lejos de sus tierras de origen. Nos detendremos luego en las redes de solidaridad y las redes regionales que tejieron los institutos, presentando los derroteros seguidos por algunas congregaciones que ingresaron por Valparaíso, por Montevideo o por Buenos Aires, expandiéndose, en mayor o menor medida, en el resto de la región.

MUJERES CONSAGRADAS INMIGRANTES

Los profundos cambios que experimentó la vida religiosa desde el fin de la Revolución Francesa incluyeron el restablecimiento de las órdenes antiguas y el surgimiento de muy numerosas congregaciones masculinas y femeninas, orientadas mayoritariamente a la educación y al trabajo social. En Italia, en proceso de formación, y en Francia se fundaron más de la mitad de los nuevos institutos. De allí procederían la mayor parte de las congregaciones que arribaron al Cono Sur, en un fuerte impulso misionero.

Por otra parte, las fundaciones del siglo XIX reforzaron lo que Elizabeth Dufourcq llama el “catolicismo de movimiento”, manifestado muy discretamente, y con dificultades, desde el siglo XVII en contadas fundaciones. Este “catolicismo de movimiento” representó una alternativa al “catolicismo de referencia”, vinculado a la vida contemplativa, que había prevalecido hasta entonces y que había sido la única expresión de la vida religiosa femenina en la América colonial (Dufourcq). Así sucedió en los actuales territorios de Chile y Argentina, aunque no en el actual Uruguay.

Por otra parte, las nuevas congregaciones fueron muy dinámicas y pronto se lanzaron a tareas misioneras fuera de Europa. En la mayoría de los casos estudiados, a los veinte o treinta años de realizada la fundación ya se habían iniciado las acciones misioneras en otros continentes.

Cuadro n° 1 - Fechas de fundación, de salida misionera y de llegada al Cono Sur

	Fundación	Misiones	Cono Sur	Lapso
Sociedad del Sagrado Corazón	1800	1818 (EUA)	1853 (Ch)	18 años
Hijas de María Santísima del Huerto	1829	1856 (Uy)	1856 (Uy)	27 años
Hermanas del Buen Pastor de Angers	1835	1842 (EUA)	1855 (Ch)	7 años
Hijas de Nuestra Señora de la Misericordia	1837	1875 (Arg)	1875 (Arg)	38 años
Hermanas de la Caridad Cristiana	1849	1873 (EUA)	1874 (Ch)	24 años
Hermanas Dominicas de SC de Siena de Albi	1852	1874 (Uy)	1874 (Uy)	22 años
Hijas de María Auxiliadora	1872	1879 (Uy)	1879 (Uy)	7 años

La decisión de las religiosas de cruzar el Atlántico para vivir y trabajar en tierras desconocidas se explica por una compleja combinación de razones. En la mayoría de los casos se produjo un llamado, una convocatoria definida que promovió la primera salida, proveniente de las autoridades eclesiásticas en coordinación con grupos de laicos y en ocasiones sociedades de mujeres. Todos deseaban y buscaban el desarrollo de un nuevo modelo de vida religiosa que pudiera responder de manera más eficiente a los avances secularizadores. Por otra parte, la capacidad de responder rápidamente y en forma afirmativa se relaciona con el audaz espíritu misionero de los nuevos institutos. Se vivía un tiempo de viajes y de migraciones, también para los religiosos, y se desarrollaba también significativos avances en las comunicaciones. Mientras en 1856, los primeros padres betharramitas o bayoneses viajaron 65 días, en un barco a vela, entre Bayona y Buenos Aires, desde la década de 1880 los viajes en barcos a vapor se realizaban en 20 días. Además, las congregaciones experimentaron un crecimiento muy rápido, sorprendente en algunos casos, y se

multiplicaban las vocaciones. Las “aventureras de Dios” de Elizabeth Dufourcq y las “vírgenes viajeras” de Sol Serrano se reproducían de manera providencial.

Por cierto, las religiosas inmigrantes enfrentaron las mismas dificultades que los demás expatriados: el sufrimiento por el alejamiento, muchas veces para siempre, de su tierra y de su gente; conflictos internos y tensiones con las autoridades incluso eclesiásticas; trastornos que obligaban a menudo a cambiar los planes elaborados en Europa. El primer grupo de hermanas Dominicas de Santa Catalina de Siena de Albi, llegado a Montevideo el 10 de mayo de 1874, perdió a su superiora, la madre Catalina Attané, a los dos meses de su llegada. La situación fue sumamente perturbadora para las cinco jóvenes novicias que integraban la comunidad. Como era esperable, contaron con el apoyo del vicario apostólico, de sus vecinas las monjas salesas, y cuatro meses más tarde llegó un segundo grupo de religiosas de refuerzo. Los problemas fueron numerosos, pero la pertenencia a una congregación religiosa y a la Iglesia católica suponía algunas seguridades con las que no siempre contaban los demás inmigrantes (Monreal, 2012; Bittencourt y Ramalho, 2017).

REDES DE SOLIDARIDAD Y REDES REGIONALES

En el contexto de la progresiva –y muy discutida– “feminización” del catolicismo vivida desde el siglo XIX, los institutos religiosos de mujeres crearon verdaderas redes, definidas por los liderazgos femeninos, por la estratégica combinación de tareas evangelizadoras y de servicios indirectos a los Estados liberales, por la construcción de nuevos modelos educativos para la mujer y por la definición de espacios de libertad y de acción.

Nos referimos a la formación de redes en dos sentidos. Por un lado, se puede apreciar que las congregaciones partían de Europa hacia un puerto o ciudad, con una tarea predeterminada, pero el objetivo, no siempre explícito, no era instalarse en un país sino abarcar una región, que no contemplaba de ninguna manera las fronteras políticas. De este modo, las congregaciones crearon verdaderas redes regionales. Por otra parte, la llegada de un grupo de religiosos inmigrantes nunca fue un “acontecimiento aislado” de la vida de las demás congregaciones. Se crearon fuertes redes de solidaridad, que no sabían ni de nacionalidades, ni de carismas. No debe sin embargo ignorarse que en los dos tipos de redes interactuaron hombres y mujeres, religiosos y religiosas, seguramente con los mejores frutos.

En relación con las que llamamos redes de solidaridad, los ejemplos son numerosos. El primero se refiere a Chile: en marzo de 1855, llegaron al puerto de Valparaíso las primeras siete hermanas del Buen Pastor de Angers. Por los estudios de Sol Serrano y Alexandrine de

la Taille sabemos que el segundo grupo, de seis profesas y una novicia, llegó a comienzos de 1857 y contó con la afectuosa hospitalidad de las hermanas de los Sagrados Corazones, “las Damas de Picpus”, instaladas en Chile desde 1838 (Serrano, 2001, p. 313). Podemos pensar que lo mismo habría sucedido con el primer grupo. El segundo ejemplo se refiere a Uruguay: al llegar a Montevideo, en 1874, las hermanas Domínicas de Albi, contaron con la atenta acogida de las hermanas del Huerto y de las monjas salesas, y con la atención espiritual de los padres betharramitas o bayoneses (Monreal, 2019). Un último ejemplo relativo a la Argentina: las hermanas del Buen Pastor, en Chile desde 1855, se instalaron en Montevideo en 1874 y tuvieron que enfrentar momentos difíciles nueve años más tarde. Durante la “tormenta anticlerical” de los años 80, fue aprobada la llamada “Ley de Conventos, que implicaba la inspección policial de las casas religiosas. Ante una amenaza de inspección, las hermanas decidieron volver a Chile, pero la superiora provincial les ordenó esperar la evolución de los acontecimientos en Buenos Aires. Las ocho religiosas, chilenas y uruguayas, fueron recibidas por las monjas salesas y contaron con el apoyo espiritual de los padres jesuitas, hasta el fin de la tormenta. Es importante puntualizar que estos actos de caridad fraterna no fueron exclusivos de los institutos femeninos.

Vamos a detenernos ahora en las redes regionales que se generaron y entrelazaron con la llegada de las diversas congregaciones al Cono Sur. Dos puertos jugaron un rol muy significativo como “puertas de entrada” de institutos, que muy raramente se limitaron a fundar obras en las zonas cercanas y que cruzaron fronteras muy pronto: es el caso de Valparaíso y de Montevideo. El caso de Buenos Aires revela algunas particularidades.

ENTRANDO A AMÉRICA POR VALPARAÍSO

Son numerosos los institutos femeninos que ingresaron a la región a través de Chile, precisamente del puerto de Valparaíso, para expandirse más tarde hacia Argentina o Uruguay. Es el caso de la Sociedad del Sagrado Corazón de Magdalena Sofía Barat, la congregación de Nuestra Señora de la Caridad del Buen Pastor de Angers, la congregación de Hermanas de la Caridad Cristiana de Paulina von Mallinckrodt y las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl.

Cuadro n° 2 - Desde Chile: Fechas de fundación y de llegada a otros países de la región

	Fundación	Chile	Argentina	Uruguay
Sociedad del Sagrado Corazón	1800	1853	1880 →	1908
Hermanas del Buen Pastor de Angers	1835	1855	1885 ←	1876
Hermanas de la Caridad Cristiana	1849	1874	1905 ←	1883 (Melo)
Hijas de la Caridad / Vicentinas	1853	1850	1859 →	1870

La **Sociedad del Sagrado Corazón** fue fundada, en 1800, por Magdalena Sofía Barat¹ en París. Con una formación espiritual e intelectual excepcional para la época, Barat puso en práctica un proyecto audaz e innovador, siguiendo el modelo de la Compañía de Jesús en la educación de varones. Se propuso crear una congregación dedicada a formar sólidamente a las niñas de familias nobles o de la alta burguesía, mujeres influyentes llamadas a restaurar los valores cristianos en la sociedad francesa. Al primer colegio del *Sacré-Coeur* fundado en 1801, en Amiens, siguieron colegios del mismo nombre en Italia, España, América del Norte y América del Sur.

En 1818 la obra llegó al continente americano, a los Estados Unidos –Missouri y Luisiana– de la mano de la Madre Philippine Duchesne (Dufourcq). A mediados del siglo XIX llegarían a París los primeros pedidos de religiosas desde América Latina, de Santiago de Chile y de Río de Janeiro. En Santiago, la Sociedad de Beneficencia de Señoras, fundada en 1852, tuvo un rol decisivo en la llegada de nuevas congregaciones consagradas a la educación (Serrano). Con el apoyo firme de esta sociedad, Mons. Rafael Valentín Valdivieso, arzobispo de Santiago, escribió, en 1851, a la Madre Barat, e impulsó las gestiones que culminaron con la llegada de las tres primeras religiosas, en setiembre de 1853. Anna du Rousier², francesa, con amplia y sufrida experiencia en Italia y en Estados Unidos, lideraba la misión, duramente probada por un viaje intimidante entre Nueva York y Valparaíso. Poco después de su llegada, las hermanas fundaron, en Santiago, el colegio de La Maestranza. Siguieron los colegios de Talca, Valparaíso, Chillán y Concepción. Anna du Rousier incluso organizó, antes de su muerte, la fundación del colegio de Lima en 1876.

¹ Magdalena Sofía Barat (1779-1865). Nacida en una familia de artesanos, Magdalena Sofía fue cuidadosamente educada por su hermano seminarista Luis. Ordenado su hermano, la joven se trasladó a París; el jesuita José Varin la orientó hacia la fundación de una congregación educadora dedicada al Sagrado Corazón. Magdalena Sofía profesó en 1800; desde 1806 fue superiora general vitalicia del instituto; e impulsó su expansión en Europa, el Norte de África, América del Norte y América del Sur.

² Anna du Rousier (1806-1880). Ingresó a la congregación en 1821 y realizó los votos perpetuos en 1831. En el colegio de Turín, cumplió diversas e importantes funciones, siendo designada provincial del Piamonte en 1843. Visitadora en los Estados Unidos en 1852, recibió allí la misión de fundar en Chile. Sobre la congregación en Chile y la figura de Anna du Rousier ver: De la Taille.

La llegada a Buenos Aires se realizó algunos años más tarde, si bien las gestiones del arzobispo de Buenos Aires, Federico Aneiros, habían comenzado en 1874. El incendio del colegio del Salvador, en 1875, detuvo todos los preparativos y las misioneras optaron por fundar el colegio de Lima (Alvarado). Finalmente, en mayo de 1880, llegaron cuatro religiosas a la capital argentina, contando, como en Chile, con el respaldo de la jerarquía y de la Sociedad de Damas de Beneficencia de Buenos Aires. Las religiosas asumieron primero una pequeña escuela para niños pobres, más tarde el colegio de Almagro, desde 1884, y el colegio de la avenida Callao, inaugurado en 1894. Pasaría más de una década hasta que un nuevo grupo de hermanas, que provenía de Santiago e incluía religiosas uruguayas, se instalara en Montevideo en 1908, fundando el primer colegio muy poco después. Las líneas de expansión de las religiosas del Sagrado Corazón fueron las mismas que siguieron las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl en el Cono Sur.

El siguiente caso es el de la congregación de las **Hermanas del Buen Pastor de Angers**, que también inició en Chile su labor misionera y extendió más tarde su presencia en la región, primero en Uruguay y luego en Argentina. En 1835 tuvo lugar la fundación del instituto de las Hermanas del Buen Pastor de Angers, como una rama de la orden de Nuestra Señora de la Caridad, obra de San Juan Eudes del siglo XVII (Isern, 1923). La obra original, dedicada a la organización de “refugios” para el cuidado y la rehabilitación de jóvenes “abandonadas y desgraciadas”, había sufrido duras persecuciones durante la revolución. María de Santa Eufrasia Pelletier³ lideró una suerte de refundación. Habiendo ingresado a la orden en 1814; en 1829 ya era superiora de la comunidad de Tours y había fundado la Casa de las Magdalenas para “arrepentidas muy” (sic). A pedido del obispo de Angers, se trasladó a esta ciudad donde fundó el primer refugio del Buen Pastor. Esta sería la casa-madre de la nueva congregación religiosa, las Hermanas de Nuestra Señora del Buen Pastor⁴. En treinta años, siguió la fundación de más de cien nuevas comunidades en Europa, América del Norte, América del Sur, Australia, Asia y el Norte de África.

En el Cono Sur, una vez más gracias a las gestiones de Mons. Valdivieso, al apoyo de la Sociedad de Damas de Beneficencia y a la decisiva colaboración de Félix Frías, diplomático argentino exiliado, Chile sería el país de llegada de la congregación. Las

³ María Eufrasia Pelletier (1796-1868). Nacida en el norte de Francia, la joven se educó en Tours desde los 14 años. A los 18 años ingresó a la orden de Nuestra Señora de la Caridad, obra del beato Juan Eudes. En 1817 pronunció sus votos solemnes en el refugio de Tours, donde inició su propia obra.

⁴ En 1835 Gregorio XVI aprobó la unificación de los conventos regidos desde entonces por el nuevo instituto. En 1865 la asamblea general de los padres euditas reconoció a la congregación del Buen Pastor de Angers como una rama del instituto de Juan Eudes (Isern, 1923).

primeras religiosas, de origen irlandés, partieron de Francia y llegaron a Valparaíso en marzo de 1855, estableciendo en la localidad de San Felipe el “Asilo de la mujer caída” y la cárcel correccional de mujeres. Pronto se multiplicaron las vocaciones locales y se destacó la figura de Josefa Fernández Concha, Hna. María de San Agustín⁵. De sólida formación intelectual y religiosa, hija de una destacada integrante de la Sociedad de Damas de Beneficencia, Fernández Concha ingresó a la congregación a los 27 años y ocupó muy pronto cargos de responsabilidad. El instituto se expandió rápidamente en Chile: las casas ya eran diez en 1876 y las comunidades se expandieron en Uruguay, Argentina, Brasil y Paraguay.

Las hermanas del Buen Pastor se instalaron en Montevideo en 1876, si bien el inicio del proceso fundacional se ubica en 1867 (Isern, 1923). Ese año, en viaje hacia Francia, hicieron escala en Montevideo la Hna. Fernández Concha, su hermana Rosa, también religiosa, y el capellán del instituto, primo suyo. Alojadas en el monasterio de la Visitación, las viajeras y las salesas proyectaron el establecimiento del instituto en Montevideo. En Francia, la solicitud de aprobación de la fundación ante la madre general se vio obstaculizada por falta de religiosas. En 1874, un nuevo viaje a Francia y una nueva escala en Montevideo reimpulsaron el proyecto. De regreso en Santiago, la madre María de San Agustín organizó la nueva comunidad con siete hermanas chilenas, que llegaron en enero de 1876 a Montevideo.

Las dificultades enfrentadas por las comunidades religiosas en Uruguay en la década de 1880 obligaron a las hermanas a trasladarse a Buenos Aires en julio de 1885. Nueve meses más tarde se autorizó su regreso a Montevideo, pero su estancia en Buenos Aires favoreció la fundación en esta ciudad. En octubre de 1885, cinco religiosas chilenas se instalaron en su primera residencia, que se hizo definitiva en 1894 en el barrio de Caballito, en el convento del Buen Pastor. Desde Buenos Aires se concretaron las fundaciones de Mendoza (1885), Córdoba (1888), San Luis, San Juan, Tucumán y Jujuy (1889), Rosario (1892), Salta (1893) y las primeras de Brasil, en Río de Janeiro, en 1891, y en Bahía, en 1892. La ruta Chile-Uruguay-Argentina se repite en el caso de las hermanas alemanas de la Caridad Cristiana.

La presentación de estas dos primeras congregaciones y sus movimientos en el Cono Sur nos conduce a destacar el peso de los liderazgos femeninos en las migraciones

⁵ Josefa Fernández Concha (Hna. María de San Agustín) (1835-1928). Nacida en el seno de una familia de la aristocracia católica de Santiago de Chile, ingresó como novicia en 1862, profesó y pronto fue vicaria del convento y superiora provincial de Chile, entre 1863 y 1867. Desarrolló una profunda amistad con la madre Pelletier y fundó 35 comunidades religiosas y hogares en Chile, Uruguay, Argentina, Brasil y Paraguay. Murió en Buenos Aires y fue sepultada en la iglesia del convento del Buen Pastor, en el barrio de Caballito.

religiosas y sobre todo en el proceso de transformar en patria la tierra extraña. Tanto Anna du Rousier para las hermanas del Sagrado Corazón como Juana Fernández Concha para las hermanas del Buen Pastor definieron los procesos de cada instituto. En tal sentido, Cynthia Folquer se refiere a “la maternidad espiritual” que se desarrolló en las comunidades femeninas, que conducía al reconocimiento de la autoridad femenina (2012, pp. 363-365). Las superiores no dejaron de recurrir a referentes masculinos, dinámica inevitable en la época, pero tampoco les faltó el pensamiento estratégico ni para evitar “autoridades masculinas” que parecían entorpecer los proyectos de las mujeres, ni para la correspondencia firme y asidua que intentó orientar incluso a algún vicario apostólico de la región.

LA ENTRADA POR MONTEVIDEO

Como primer puerto de ingreso al Río de la Plata, como ciudad pequeña, apacible y poco poblada, caracterizada por una sociedad de marcada austeridad y discreto espíritu cristiano, Montevideo fue la vía de entrada, desde Europa, de numerosas congregaciones que no tardarían en desplazarse por la región. En forma tardía, pues no hubo ninguna forma de vida religiosa femenina durante la colonia, a partir de 1856 llegaron a Montevideo congregaciones de variado origen: de Italia, las Hijas de María Santísima del Huerto, las Hijas de María Auxiliadora y las Hermanas Capuchinas de la Madre Rubatto; de Francia, las Hermanas Dominicas de Albi y las Hermanitas de San José del Padre Joseph Rey, actualmente de Montguy; de España, la Sociedad de Santa Teresa de Jesús y las Hermanas Carmelitas de la Caridad de Vedruna.

Cuadro n° 3 - Desde Uruguay: Fechas de fundación y de llegada a otros países de la región

	Fundación	Uy	Ar	Cl
Orden de la Visitación de Sta. María	1618	1856→	1876→	1877
Hijas de María Santísima del Huerto	1829	1856→	1858→	1915
HH Dominicas de Albi	1852	1874→	1875→	1911
Hijas de María Auxiliadora	1875	1878→	1879→	1880
Compañía de Santa Teresa de Jesús	1876	1891	/1888: de México a Cl	
HH de San José del P. Rey	1845	1890→	1895	
HH Capuchinas de la Madre Rubatto	1885	1894→	1903	
HH Carmelitas de la Caridad de Vedruna	1826	1904→	1913→	1927

Si bien varios institutos que ingresaron por Montevideo vivieron procesos de expansión muy rápidos, incluso asombrosos, vamos a detenernos en dos casos de origen italiano: las Hijas de María Santísima del Huerto, que llamaremos Hermanas del Huerto, y las Hijas de María Auxiliadora.

La congregación de las **Hijas de María Santísima del Huerto** nació en 1829, en Chiavari, muy cerca de Génova, promovida por Antonio María Gianelli⁶ y liderada por Catalina Podestá⁷. Fundada para el cuidado de las huérfanas locales, el nuevo instituto religioso tomó el nombre de la patrona de Chiavari, la *Madonna dell'Orto*.

Las primeras ocho hermanas del Huerto viajaron, de Génova a Montevideo, junto con cinco monjas salesas, procedentes del monasterio de Milán. La historia del viaje tiene su encanto y el detallado relato se conserva en el monasterio de las salesas, pero no podemos detenernos en él. Solo en tres días las hermanas del Huerto resolvieron iniciar su obra misionera y viajar a Uruguay para asumir tareas de asistencia en el Hospital de Caridad de Montevideo; las salesas llegaron para fundar el primer monasterio de la Visitación en la región. Superando un duro viaje de tres meses, las religiosas llegaron a Montevideo en noviembre de 1856, y un mes más tarde asumieron la gestión de las salas del hospital. Pronto ampliaron sus tareas, incluyendo las visitas a enfermos a domicilio y la dirección de la pequeña escuela del hospital. Desde 1857 llegaron nuevos grupos de misioneras, para Montevideo y la región. Por un lado, las hermanas aceptaron progresivamente la dirección del Asilo de Huérfanos Larrañaga, el Lazareto, el Hospital de Dementes y la Casa de Aislamiento para enfermos contagiosos. También creció la actividad educativa: en 1869 se inauguró el local definitivo del colegio Nuestra Señora del Huerto, siempre activo; fundaron seis colegios en el interior –Pantanosos, San José, Florida, Minas, Pando y Mercedes– y asumieron la escuela del asilo de Paysandú (Monreal, 2010).

Por otra parte, entre 1860 y 1895, las hermanas se encargaron de múltiples obras, como enfermeras o como educadoras, en diez localidades de Argentina: Buenos Aires, Rosario, San Nicolás de los Arroyos, Paraná, Córdoba, Catamarca, San Luis, Tucumán, Jujuy, Santa Fe. Desde Uruguay la obra ingresó también al sur del Brasil en 1908, donde las

⁶ Antonio M^a Gianelli (1789-1846) Ordenado en 1812, enseñó en el colegio de los padres escolapios de Carcare y en el seminario de Génova. En 1826 fue designado arcipreste de Chiavari; su gestión fue provechosa: fundó un seminario, instituyó la congregación misionera de los ligurianos y se integró a la dirección de la Sociedad Económica, gestora del *Ospizio di Carità e Lavoro*. Este cargo le inspiró la fundación de las Hijas de María Santísima del Huerto. En 1838 fue consagrado obispo de Bobbio.

⁷ Catalina Podestá (1813-1883) Viuda y con una hija, Catalina Podestá ingresó a la Sociedad de Señoras de Caridad y, más tarde, al instituto de las Hijas de María Santísima del Huerto, en 1831. Como superiora logró la consolidación de la obra y su expansión misionera. En 1861 se instaló en Roma y en 1868 obtuvo la aprobación papal del nuevo instituto (Ferraioni).

hermanas se encargaron de hospitales y colegios en Dom Pedrito, Uruguayana, y del asilo de menores “Padre de los Pobres” en Porto Alegre. En algún momento, tuvieron obras hasta en Río de Janeiro. En cuanto a Chile, en 1915 la avanzada partió de Buenos Aires hacia Vallenar, donde tomaron la gestión de un descuidado hospital, enfrentando un terremoto y una epidemia de viruela.

El instituto de las **Hijas de María Auxiliadora** surgió en 1872, en Mornese, un pequeño pueblo de los Alpes italianos, bajo el impulso de María Dominga Mazzarello⁸ y del párroco del pueblo, el padre Domingo Pestarino. Este había apoyado, en 1855, la fundación de la Asociación de Hijas de María Inmaculada, dedicada a las niñas de la localidad, que integró María Mazzarello. Los encuentros de Don Bosco con Don Pestarino, quien ingresó a la congregación salesiana, y, más tarde, con María Mazzarello, fueron decisivos. En efecto, Don Bosco se apoyó en el grupo femenino de Mornese para organizar la primera comunidad de las Hijas de María Auxiliadora. El 5 de agosto de 1872 las primeras dieciséis religiosas hicieron sus primeros votos, y María Mazzarello fue elegida primera superiora, cargo que conservó hasta su muerte, en 1881. El instituto se orientó a la educación cristiana de las niñas de las clases populares y fue la cara femenina de la obra emprendida por Juan Bosco en Turín.

Muy pronto, María Mazzarello manifestó su voluntad de participar en la obra misionera de los salesianos en el Río de la Plata. En setiembre de 1878 se concretó la primera expedición misionera de las Hijas de María Auxiliadora hacia Montevideo. Luego de ser recibidos en audiencia por el papa Pío IX, seis religiosas y nueve sacerdotes salesianos partieron de Génova⁹. En diciembre los viajeros llegaron a puerto y las religiosas fueron alojadas por las salesas; en marzo de 1879 se instalaron en Villa Colón, en los alrededores de Montevideo.

En 1879, un segundo grupo de misioneras partió de Marsella hacia Montevideo. La Hna. Magdalena Martini, primera madre provincial, y otras cinco religiosas fundarían el primer colegio de Buenos Aires, en Almagro (Capetti, 1980). En 1881 el tercer grupo de religiosas viajó al Río de la Plata. En Uruguay, las hermanas fundaron colegios en Paysandú, Canelones, Lazcano, Juan Lacaze y en varios barrios populares de Montevideo. En

⁸ M^a Dominga Mazzarello (1837-1881). Nació en el seno de una familia campesina acomodada y muy piadosa; a los 18 años ingresó a la Asociación de Hijas de María Inmaculada. Con su prima Petronila instaló un taller de costura para niñas, donde se enseñaba el oficio y se daba formación cristiana. Don Bosco encontró en esta obra un buen punto de partida para la rama femenina de su instituto. El Instituto de las Hijas de María Auxiliadora fue fundado en 1872 y María Mazzarello fue su primera superiora (Giudici).

⁹ Las misioneras viajaron con dos imágenes de María Auxiliadora cargadas de historia. Una de estas imágenes había sido un regalo de Don Bosco a Don Pestarino, como párroco de Mornese; la segunda, la había tomado Don Cagliero de la sacristía de Valdocco y aún hoy preside la capilla de las hermanas en la casa madre de Villa Colón, en Montevideo (Capetti).

Argentina, a partir de 1879, las hermanas viajaron al Sur, a Carmen de Patagones, y se instalaron en varias localidades de la región. Por otra parte, desde Buenos Aires, también fundaron colegios en Rosario y en Mendoza; muchos más en el siglo XX. Desde el sur argentino, las Hijas de María Auxiliadora llegaron a Chile, a Punta Arenas en 1888, por el impulso de la Hna. Angela Vallese. En 1893 se instalaría la primera comunidad en Santiago, a pedido de las autoridades eclesiásticas, que habían solicitado a Turín el envío de misioneras italianas.

El impulso de las salesianas fue extraordinario. A comienzos de marzo de 1892, salieron diez hermanas y dos novicias de Villa Colón hacia Brasil, para asumir tres obras en el valle de Paraíba: en Lorena, Guaratinguetá y Pindamonhangaba. Las acompañaba el padre Domingo Albanello, nombrado prefecto del colegio salesiano de São Joaquim, fundado en 1880 en Lorena. Viajaron en barco hasta Río de Janeiro; y recorrieron 250 km por tierra, acompañados por festivas recepciones con música y procesiones, hasta Guaratinguetá, a medio camino entre Río y San Pablo, donde asumieron el colegio de *Nossa Senhora do Carmo*. Esta exitosa expansión estuvo directamente vinculada a la importante presencia de inmigrantes italianos en el valle del Paraíba.

El análisis de la llegada y expansión de estas dos congregaciones, siempre muy presentes en la región, motiva dos reflexiones. La primera relacionada con las vocaciones inmediatas y numerosas, que fortalecieron tanto a las hermanas del Huerto como a las de María Auxiliadora, y que podrían explicarse tanto por la creciente presencia de migrantes italianos, cercanos a estos institutos, como por la especial conexión de las congregaciones italianas con las sociedades platenses. Por otra parte, en los dos casos contemplamos la estratégica combinación de tareas evangelizadoras y de servicios indirectos a los Estados liberales. Las Hermanas del Huerto asumieron, en Uruguay y Argentina, la gestión de hospitales, asilos y otros centros asistenciales. En una época en la que el servicio de los hospitales exigía más orden y devoción que conocimientos científicos, las religiosas fueron, tanto en Europa como en América, el personal ideal (Faure, 1999). En cuanto a las salesianas, si bien su obra no ha merecido aún los estudios dedicados a los padres salesianos en el sur argentino, ellas contribuyeron, como brazo femenino, en la pacificación y en la organización política y social de la región.

BUENOS AIRES COMO PUERTO DE ENTRADA

Según Gianfranco Rosoli, “entre 1854 y 1914, entraron [a la Argentina] 68 congregaciones de Europa, de las cuales 38 eran femeninas. En su mayoría eran italianas ocupadas en tareas misioneras y francesas dedicadas al campo de la enseñanza”. En cuanto a Brasil señala: “Entre 1880 y 1920 [...], entraron 87 congregaciones femeninas europeas, sobre un total de 109; y 37 masculinas, sobre 38, [...]. El número mayor fue provisto por Italia y Francia (12 congregaciones masculinas y 24 femeninas por Italia) (Rosoli: 1997, pp. 231-232). Estos datos revelan el intenso movimiento de migrantes religiosos en estos dos países, en los que constatamos un fenómeno común. Muchos de los institutos que ingresaron por Buenos Aires o por Río de Janeiro raramente llegaron a pasar a otros países del Cono Sur durante el siglo XIX. En ambos casos, responder a las demandas de sus propios y muy extensos territorios tiene que haber resultado una tarea por demás compleja. En efecto, institutos femeninos que se instalaron en Argentina o en Brasil, con un desarrollo importante, no llegaron a establecerse en otros países de la región.

Daremos algunos ejemplos de significación. En 1905, llegaron a Buenos Aires las Hermanas de la Inmaculada Concepción de Castres, conocidas como Hermanas Azules, obra fundada en el sur de Francia por Emilie de Villeneuve¹⁰, en 1836, orientada a la educación de las clases obreras francesas. Sus misiones en África se habían iniciado a mediados del siglo XIX, pero solo las persecuciones vividas en Francia en 1905 motivaron las primeras misiones en América Latina, en Brasil y Argentina. En Buenos Aires, las misioneras fundaron hogares de ancianos, de niños, hospitales y colegios en varias localidades de la provincia de Buenos Aires, más tarde en Santiago del Estero, La Rioja, Tucumán y Córdoba. La salida hacia otros países se realizaría más de tres décadas más tarde: en 1939 fundarían en Paraguay y en 1959 en Uruguay. En cuanto a Brasil, son numerosas las congregaciones con larga tradición en diversas regiones del país que nunca se instalaron en tierras hispanoamericanas. Dos ejemplos: las Hermanas de San José de Chambéry, llegadas a Brasil en 1858, fundaron el colegio de *Nossa Senhora do Patrocínio*, en Itu, más tarde otros en Taubaté, Franca, en la capital del estado de San Pablo y en Río Grande del Sur (Colombo, 2006). Recién en el siglo XX llegarían a Bolivia. Otro caso de interés es el de la congregación

¹⁰ Emilie de Villeneuve (1811-1854) De origen noble, los problemas familiares y la dirección espiritual del jesuita Michel Le Blanc la orientaron hacia la vida religiosa y la atención de los más pobres. En 1836 fundó la congregación de Nuestra Señora de la Inmaculada Concepción de Castres -llamadas Hermanas Azules por el color del hábito- consagrada a atender a jóvenes obreras, prostitutas, enfermos y encarcelados. El crecimiento de las vocaciones condujo la obra a Senegal, Gambia y Gabón. Murió en la epidemia de cólera de 1854.

de Nuestra Señora de Sion, obra francesa fundada, en 1843, por Teodoro y Alfonso Ratisbonne, orientada hacia los estudios bíblicos como fundamento de la espiritualidad cristiana. Las misioneras llegaron a Río de Janeiro en 1888, a San Pablo en 1901, a Curitiba en 1906, fundando en cada ciudad un Colegio de Sion (Colombo, 2006 y 2013).

De todos modos, algunas congregaciones llegadas a Buenos Aires, con frecuencia siguiendo a los inmigrantes de sus respectivas regiones, urgidas por la preocupación de dar atención religiosa a sus connaturales, realizaron contadas fundaciones en la región. Podemos citar las fundaciones en Uruguay de las Hijas de Nuestra Señora de la Misericordia, obra italiana, y de la congregación de Hijas de San José de Saint Jean de Maurienne, de origen francés.

Cuadro nº 4 - Desde Argentina: Fechas de fundación y de llegada a otros países de la región

	Fundación	Ar	Uy
HH de San José de San Juan de Maurienne	1650/1808/1822	1883 →	1889
HH de la Inmaculada Concepción de Castres /HH Azules	1836	1905 →	1959
Hijas de Ntra. Señora de la Misericordia	1837	1875 →	1889

El instituto de las Hijas de Nuestra Señora de la Misericordia había nacido en Savona, en 1837, por impulso de María Josefa Rossello¹¹, con el respaldo del obispo local, preocupado por la educación. El nuevo y muy pobre instituto, consagrado a la práctica de obras de misericordia dirigidas a los más pobres y a los más abandonados, recibió numerosas vocaciones y se multiplicaron las comunidades. La educación de las niñas fue su tarea principal. En 1875 las hermanas de la Misericordia llegaron a América Latina, a la provincia de Buenos Aires, después de largos años de gestiones. En ocasión de la epidemia de cólera de 1867, el arzobispo de Buenos Aires, Mariano José de Escalada, solicitó al obispo de Savona el viaje de religiosas para asistir a los enfermos, lo que fracasó por la falta de recursos para financiar el viaje. En 1869 se reiniciaron las gestiones, en ocasión del viaje del arzobispo a Roma para participar del Concilio Vaticano I, pero la muerte de Escalada en Roma detuvo

¹¹ M^a Josefa Rossello (1811-1880). Nacida en una numerosa y humilde familia de ceramistas, Benita Rossello solicitó, en 1837, el ingreso a la congregación de las Hijas de Nuestra Señora de la Nieve, no siendo aceptada por falta de dote. Fundó entonces con tres compañeras la congregación de las Hijas de Nuestra Señora de la Misericordia. Profesó en agosto de 1838 y fue electa superiora en 1840. Como superiora durante 50 años, se dedicó a la formación espiritual y a la preparación profesional de las religiosas.

nuevamente el proyecto. Por fin, a comienzos de 1875, Mons. Federico Aneiros repitió la invitación y la Madre Rossello aseguró el viaje inmediato de quince hermanas. Con un grupo de salesianos destinados a la Argentina, las hermanas llegaron a fin de año, para dedicarse al cuidado de enfermos y a la educación (*Santa María Josefa Rossello*, 1953). En 1882 fundaron el colegio de Chivilcoy y en 1894 el de San Fernando; seguirían numerosas obras en las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba y Mendoza.

Catorce años más tarde, las hermanas llegaron a Uruguay, en circunstancias un tanto curiosas. En enero de 1889, dos religiosas acompañadas de dos alumnas se trasladaron a Montevideo “a tomar baños por salud” y recibieron la recomendación de la superiora de no volver “sin fundar una casa en Montevideo” (*Reseña histórica del Colegio “San José”, Paso Molino*¹²). Durante este viaje estival, el obispo de Montevideo, Mons. Inocencio Yéregui, insistió en la invitación para fundar un colegio en la ciudad. Resuelta la fundación, en un primer momento se proyectó la instalación de la congregación en Pocitos, junto a la capilla de Nuestra Señora de la Misericordia; finalmente se resolvió, con el apoyo de las Asociación de Enseñanza Católica para Niñas, la fundación de un colegio en el Paso del Molino. El 19 de marzo de 1889 seis religiosas tomaron posesión del local; el colegio recibió el nombre de San José “por ser el decimonoveno que fundaba el Instituto en la América del Sud” y por la fecha de la instalación de la obra (*La Asociación de Enseñanza Católica...*, 1935). A comienzos del siglo XX, las Hijas de la Misericordia entrarían a Chile, fundando colegios en Santiago y en Valparaíso.

El caso francés se refiere a las Hermanas de San José de Saint Jean de Maurienne, erróneamente llamadas de Chambéry¹², una congregación de larga y compleja historia. Si bien sus orígenes se remontan al siglo XVII, con la fundación de la congregación de las Hermanas de San José de Le Puy, en 1650, por el jesuita Juan Pedro Médaille¹³, la congregación fue prácticamente eliminada por las persecuciones revolucionarias. De 1808 data la restauración del instituto, que se concretó con la primera “toma de hábitos”, en Lyon. Bajo la dirección de la madre San Juan Fontbonne¹⁴, restauradora de la congregación, se

¹² En el Informe de la visita *ad limina* de Mons. Mariano Soler, de 1896, figuran las Hermanas de San José de Chanvery o Chauvery (sic), clara deformación de Chambéry.

¹³ Juan Pedro Médaille (1610-1669). Jesuita, ordenado en 1837, cumplió funciones sacerdotales en Carcasona, Toulouse, Aurillac y Saint-Flour. Organizó la congregación de las Hijas de San José en Le Puy, aprobada por su obispo en 1650. Desde 1654 se dedicó a las misiones rurales (O'Neill y Domínguez, 2001, p. 2599; *DIP*, 1978: col. 1123-1124).

¹⁴ San Juan Fontbonne (1759-1843). Religiosa josefina, superiora de la comunidad de Monistrol cuando estalló la revolución. El convento fue atacado por la resistencia de las hermanas a seguir los oficios del párroco juramentado y las religiosas volvieron con sus familias. Restaurada la vida religiosa en 1802, el vicario general de Lyon apeló a la M. San Juan para restaurar la obra de las Hermanas de San José, de la que fue superiora general, fundando, entre 1817 y 1825, casi 100 comunidades (*Religiosas de San José...*).

multiplicaron las comunidades en torno a Lyon y en la región de Saboya, con características nuevas: las nuevas casas ganaban autonomía y se desprendían de la casa madre. Así, las comunidades de Saboya, Aix-les-Bains y Chambéry, fundadas desde Lyon en 1812, se desarrollaron en forma autónoma. Desde Chambéry, en 1822, fue fundada la comunidad de Saint Jean de Maurienne, punto de partida de la obra misionera en Argentina y Uruguay (*Religiosas de San José...*, 2000).

En 1883, las primeras seis hermanas de San José de Saint Jean de Maurienne llegaron a San Jerónimo Norte, una colonia suiza fundada 25 años antes en la provincia de Santa Fe. Muy bien recibidas, y con apoyo del obispo de Paraná, Mons. José María Gelabert, y de familias locales, se consolidó la obra de educación y evangelización de las niñas de las colonias. Desde San Jerónimo, la congregación se expandió rápidamente hacia la arquidiócesis de Buenos Aires y las diócesis de La Plata, Santa Fe, y Paraná.

En Uruguay, la primera fundación se realizó en 1889, en Villa Progreso, actual Fray Bentos. Con el respaldo del cura párroco de la ciudad y de un grupo de familias católicas, llegaron tres religiosas para instalar el colegio San José, con un puñado de alumnos. En 1896, siete años más tarde, la fundación de Montevideo tuvo un origen diferente. En 1894, en ocasión de un viaje a Francia, Sofía Jackson de Buxareo y su esposo Félix Buxareo, destacados benefactores de la educación católica, conocieron la obra de las Hermanas de San José de Chambéry, quedando admirados ante los métodos de enseñanza utilizados y las labores realizadas por las alumnas. Decididos a lograr la instalación del instituto en Montevideo, las religiosas de Chambéry los orientaron hacia sus hermanas de San Jerónimo Norte. De regreso en Uruguay, iniciaron gestiones ante la superiora de la congregación josefina, ya autónoma en la Argentina, y ante Mons. Federico Aneiros. La propuesta de la familia Jackson fue aprobada y, en febrero de 1896, llegaron a Montevideo cuatro religiosas, fundadoras del colegio Santa Clara en la Villa del Cerro.

En esta última parte, dedicada a las entradas de congregaciones por Buenos Aires, corresponde destacar los espacios de libertad y de acción que las religiosas, en su mayoría extranjeras, encontraron dentro de la Iglesia, espacios con los que no siempre contaban otras mujeres de su tiempo (Serrano).

CONCLUSIONES

Habiendo acompañado la llegada de varias y bien diversas congregaciones femeninas en su arribo al Cono Sur, es el momento de hacer algunas reflexiones de cierre.

Primeramente, en la línea de los aportes de Yvonne Turin, en su obra *Femmes et religieuses au XIXe siècle: le féminisme en religion*, el estudio de los institutos de mujeres nos permite “analizar el asociacionismo femenino y la actividad de la mujer en terrenos que según el discurso tradicional le estaban vedados en el XIX” (1989, p. 189). Es importante superar la imagen de buenas mujeres que llegaban a poner en práctica proyectos elaborados por otros, hombres por lo general. Cuando las vemos en acción, es evidente que tuvieron que tomar las riendas de sus obras: construir edificios, organizar la gestión, manejar las finanzas no siempre en tiempos de bonanza, administrar conflictos con autoridades eclesiásticas y con autoridades civiles.

Por otra parte, las madres fundadoras fueron personalidades recias, dotadas de inteligencia estratégica, que el relato histórico suele presentar dependiendo de hombres –bien intencionados– que las conocen y aconsejan. Merece mucho más estudio –y cada caso es diferente– la vinculación real de las religiosas fundadoras o superiores con las figuras masculinas –el obispo, el confesor, el visitador– que suele ser presentadas como quienes toman las decisiones. ¿Existió realmente una dependencia profunda de estas mujeres de los apoyos masculinos? Es razonable que hubiera frecuentes consultas y es innegable el espíritu patriarcal que rodea a estas obras. Sin embargo, las fuentes revelan con frecuencia gestiones sutiles y cartas escritas en el momento adecuado a la persona apropiada, cuyos objetivos finales eran siempre obtener de “un hombre” lo que “otro hombre” había rechazado. Por otra parte, no puede ignorarse que los hombres religiosos escribían más que las mujeres religiosas, movidas por su espíritu práctico y las urgencias de la acción. En otros casos, las que escribían eran mujeres pero conscientes de que no era conveniente revelar todo su “potencial” real.

En tercer lugar, en la gran mayoría de los casos las protagonistas son mujeres particularmente audaces, resueltas a aceptar tareas misioneras imprevistas, a tomar decisiones rápidas en circunstancias inesperadas y a trasladarse sin considerar fronteras políticas. Los relatos de las misioneras nos revelan mujeres convencidas de su fe y de su misión, comprometidas con sus opciones, muy emprendedoras /cambié la redacción, porque no me pareció apropiada. En la época hay mujeres no religiosas, incluso anticlericales, con iniciativas muy importantes/, curiosas y siempre abiertas a otras sociedades y a otras costumbres (Castro Carvajal, 2014). Por otra parte, los religiosos inmigrantes, mujeres y

hombres, formaba grupos espirituales y grupos de trabajo y se integraban en redes de solidaridad que ya presentamos.

Además, las religiosas –muy jóvenes en general– llegaban de sociedades más estructuradas y en sus diversas funciones –hospitales, asilos, colegios– favorecieron el desarrollo del sentido del orden y del trabajo en los diversos sectores sociales: la clase dirigente y sobre todo sus mujeres, las clases populares, los inmigrantes que se integraban –como ellas– en una sociedad nueva. Debe destacarse especialmente la construcción de nuevos modelos educativos para la mujer, inexistentes hasta entonces (Rogers, 2007, 2014). Por todo lo anterior y por contar con el respaldo de la Iglesia, Agueda Bittencourt y Guilherme Ramalho (2017) señalan que estos religiosos del siglo XIX y comienzos del siglo XX tenían el trabajo seguro y garantizado, lo que otorgaba a sus vidas estabilidad y reconocimiento.

Finalmente, volvemos a Elizabeth Dufourcq, quien en su presentación del “catolicismo de referencia” y del “catolicismo de movimiento” afirma:

La dinámica “de referencia”, polarizadora y centrífuga por naturaleza, conllevaba la virtud de la solidez pero en germen el riesgo de la esclerosis. A la inversa, la dinámica “de movimiento” presentaba riesgos de pérdida y de fragilidad, pero más posibilidades de renovación. (2009, pp. 55-56)

Efectivamente el espíritu innovador es lo que caracteriza a todas estas obras, cargadas de riesgos pero también de esperanzas. En tiempos de cambios, estas asociaciones de mujeres católicas intentaron ofrecer lo que sentían que era necesario, según las circunstancias, incluso superando u omitiendo con frecuencia lo que de ellas se esperaba.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AA.VV. (1935). *La Asociación de Enseñanza Católica en su primer cincuentenario. 1885 – 6 de enero – 1935. Reseña histórica de su fundación y de sus obras*. Talleres Gráficos Lacaño Hnos.
- Abatti, A. (1997). *Misión e inculturación de las Hijas de María Santísima del Huerto en América Latina*.
- Alvarado, A. (2011). Las Religiosas del Sagrado Corazón de Jesús (Societas Sororum Sacratissimni Cordis Jesu) en Argentina y las Hermanas Marguerite y Lucie De Léotoing D’anjony. *Itinerantes. Revista de Historia y Religión* 1, 179-207.

- Barrán, J. P. (1990). *Historia de la sensibilidad en el Uruguay. T. 2: El disciplinamiento (1860-1920)*. Ediciones de la Banda Oriental.
- Bittencourt, A. B. y Ramalho Arduini, G. (2017). Apresentação Dossiê: Empreendimentos sociais, elite eclesiástica e congregações religiosas no Brasil República: a arte de “formar bons cidadãos e bons cristãos. *Pro-Posições* 28(3), 12-28. Recuperado de <http://www.scielo.br/pdf/pp/v28n3/0103-7307-pp-28-3-0012.pdf>
- Capetti FMA, G. (1980). *Cronohistoria, t. 2: El Instituto en Mornese la primera expedición. 1872-1879*. Ediciones Don Bosco.
- Castro Carvajal, B. (2014). La escritura de las monjas francesas viajeras en el siglo XIX, *Anuario Colombiano de Historia Social y de Cultura* 41(1), 91-126. Recuperado de: <https://revistas.unal.edu.co/index.php/achsc/article/view/44765/46204>
- Colombo, M. A. da C. (2006). La venue des congrégations religieuses françaises au Brésil à la fin du XIX^e siècle et au début du XX^e siècle. *Chrétiens et sociétés* 13, 117-132. Recuperado de: <http://journals.openedition.org/chretienssocietes/2136>
- Colombo, M. A. da C. (2013). *Sion, da Belle Époque aos nossos dias*. Colégio Nossa Senhora de Sion.
- De la Taille, A. (2012). *Educar a la francesa. Anna du Rousier y el impacto del Sagrado Corazón en la mujer chilena (1806-1880)*. Universidad Católica de Chile.
- Dufourcq, E. (2009). *Les Aventurières de Dieu. Trois siècles d'histoire missionnaire française*. Perrin.
- Hna. E. (1998). *Sin fronteras. 140 años en Montevideo*. Imprenta Minas.
- Faure, O. (1999). Les religieuses hospitalières entre médecine et religion en France au XIX^e siècle. En Von Buelzingsloewen, Isabelle y Pelletier, Denis (Ed.), *La charité en pratique: Chrétiens français et allemands sur le terrain social; XIX^e-XX^e siècles* (pp. 53-60). Presses Universitaires de Strasbourg.
- Ferraironi, Hna. A. (1995). *Catalina, Clara y las otras...*
- Folquer, C. (2012). *Viajeras hacia el fondo del alma. Sociabilidad, política y religiosidad en las Dominicas de Tucumán, Argentina, 1886-1911*. [Tesis doctoral inédita.] Universidad de Barcelona. Recuperado de: https://www.academia.edu/2450648/Viajeras_hacia_el_fondo_del_alma._Sociabilidad_pol%C3%ADtica_y_religiosidad_en_las_Dominicas_de_Tucum%C3%A1n_Argentina_1886-1911
- Giudici, FMA, Hna. M. P. (1981). *Una mujer de ayer y de hoy. Santa María Dominga Mazzarello*. Don Bosco.
- Isern, J. (1923). *El Buen Pastor en las naciones del Sud de América*. Amorrortu.
- Monreal, S. (2005). Las propuestas educativas francesas en Uruguay en el siglo XIX. Las congregaciones católicas francesas. *Prisma* 20, 49-98
- Monreal, S. (2010). Religiosas italianas en la consolidación de la Iglesia uruguaya moderna. *Revista del Instituto Histórico y Geográfico* 32, 151-175.
- Monreal, S. (2012). Educadoras viajeras: religiosas francesas e italianas en Uruguay en la segunda mitad del siglo XIX. En Facal Santiago, S. (Ed.), *Tierra de encrucijadas migratorias del pasado y del presente* (pp. 39-53). Editorial Académica Española.
- Monreal, S. (2019). Las Hermanas Dominicas de Santa Catalina de Siena de Albi. Su instalación en el Río de la Plata como modelo de itinerancia (1874-1886), *Itinerantes*.

- Revista de Historia y Religión* 10, 77-98. Recuperado de <https://itinerantes.unsta.edu.ar/index.php/Itinerantes/article/view/131/148>
- O'Neill, S.J.; Charles, E. y Domínguez, S.J., J. (Dir.). (2001). *Diccionario histórico de la Compañía de Jesús. Biográfico-temático. Tomo III*. Universidad Pontificia Comillas.
- Religiosas de San José, 350 años al servicio de la vida* (2000). s. e.
- Reseña histórica del Colegio "San José", Paso Molino* (s.f.). Texto manuscrito. Archivo de las Hijas de Nuestra Señora de la Misericordia.
- Rogers, Rebecca. (2007). L'éducation des filles: un siècle et demi d'historiographie, *Histoire de l'éducation* 115-116, 37-79. Recuperado de <https://histoire-education.revues.org/1422>
- Rogers, Rebecca. (2014). Congregações femininas e difusão de um modelo escolar: uma história transnacional, *Pro-Posições* 25(1), 55-74. Recuperado de: <http://www.scielo.br/pdf/pp/v25n1/v25n1a04.pdf>
- Rosoli, G. (1997). Iglesia, órdenes y congregaciones religiosas en la experiencia de la emigración italiana en América Latina, *Anuario del IEHS "Prof. Juan C. Grosso"* 12, 223-247. Recuperado de: <http://anuarioiehs.unicen.edu.ar/Files/1997/017%20-%20Gianfausto%20Rosoli%20-%20Iglesias,%20Ordenes%20y%20congregaciones%20religiosas%20en%20la%20experiencia%20de%20la%20inmigracion%20italiana%20en%20America%20Latina.pdf>
- Santa María Josefa Rossello* (1953). s.e.
- Serrano, S. (Ed.). (2001). *Virgenes viajeras. Diarios de religiosas francesas en su ruta a Chile. 1837-1874*, 2ª ed. Universidad Católica de Chile.
- Turin, Y. (1989). *Femmes et religieuses au XIXe siècle: le féminisme en religion*. Nouvelle Cité éd.